

14 de marzo de 2022

Sesión *In Memoriam* de la Excma. Sra. Dra. Dña María Teresa Miras Portugal

LA ÚLTIMA CLASE DE MARÍA TERESA

José M. Bautista

Departamento de Bioquímica y Biología Molecular

Facultad de Veterinaria, Universidad Complutense de Madrid

Se convirtió en tradición, que la segunda semana de enero todos los despachos de nuestro departamento de bioquímica floreciesen con ramitas de acebo. Así, el color verde intenso y los frutillos rojos alegraban nuestros desordenados y grises rincones. María Teresa Miras Portugal nos lo regalaba a cada uno. Procedían de su jardín de Carballiño, donde habitualmente pasaba en familia sus vacaciones de Navidad. Su amor por la botánica era casi tan grande como por la neurociencia, territorio donde es una científica ampliamente reconocida y laureada. Conocía las plantas por su nombre científico, por sus propiedades, por las características de su cuidado y por su forma de cultivo. Con ella siempre se aprendía de forma amena, intensa y también, por que no, divertida e irónica. En la paz luminosa de su despacho o en el abarrotado pasillo del departamento aprendí de ella de ciencia, de política universitaria, y, también, mucho, de botánica.

Sus méritos científicos y sus numerosos reconocimientos a su indispensable labor en la investigación del sistema nervioso están ampliamente disponibles en la red. Por eso me gustaría aportar una pincelada de María Teresa Miras como profesora universitaria más allá de las crónicas científicas, sociales o académicas. Quiero resaltar que su importantísima contribución al conocimiento de neurotransmisores tuvo también trascendencia en su forma de ver y realizar la actividad docente. María Teresa era muy consciente de que la tarea de los profesores universitarios debía componerse en forma de red neuronal, y ella lo demostraba con su ejemplo engranando su conocimiento en el que portaba el estudiante y en el que se esperaba que alcanzase. Por ello tenía proximidad y cercanía con ellos, hasta el punto que incluso en su camino para el almuerzo diario en la cafetería de la Facultad, como he sido testigo numerosas veces, María Teresa se detenía, reconociéndoles por su nombre, para preguntarles si había podido resolver el problema metabólico por el que había acudido a una tutoría hacía una semana.

María Teresa impartía la bioquímica general del primer curso y sus ejemplos, metáforas e ilustraciones tenían siempre la preocupación por hacer sencilla la complejidad de la interacción de las moléculas en los seres vivos. A los que compartimos docencia con ella de la misma asignatura, pero en otro grupo, María Teresa nos visitaba a diario a nuestros despachos para sincronizar, contrastar las dificultades y consensuar la siguiente lección del programa. Esa labor sencilla, pero cuidadosa, detallista y responsable es de la que quiero dejar constancia especial por la devoción, casi religiosa, que tenía María Teresa Miras Portugal cuando enseñaba a los jóvenes. Una gigante de la neurociencia internacional que descendía al pequeño

pupitre del estudiante de primero de carrera para tratarle con respeto y cariño casi maternal y conducirle en el camino del conocimiento arduo y complejo. Nunca renunció a impartir la difícil tarea de instruir a los estudiantes del primer curso, y eso, como profesional de la docencia universitaria le honra muy particularmente. No solo por que por su categoría y antigüedad podía escoger otra docencia más cómoda, sino porque lo hacía desde el anonimato de la labor docente que no transciende más allá de un departamento universitario. Y además lo ejercía con ese afecto vocacional de profesora que se inspira en una enérgica actividad investigadora. Quizás también por que en ella se engarzaban a la perfección esas dos bondades universitarias: ser profesora y ser investigadora. María Teresa ha sido maestra de generaciones de veterinarios y de bioquímicos a la par que ha creado una escuela científica prolífica desentrañando complejos mecanismos de las profundidades del sistema nervioso.

En su última clase como profesora, María Teresa Miras dibujó en la pizarra la interacción de dos moléculas de la vida. Sus estudiantes desconocían que aquel instante sería la última clase de María Teresa. Ella y nosotros también lo desconocíamos. Pero aquella explicación de la vida dibujada con su mano a través de los acordes de unos átomos hace aún eco en las aulas de nuestra Facultad de Veterinaria. Sus estudiantes saben que fueron afortunados y alaban, en su vida profesional, a quien fue su profesora de bioquímica en primer curso.

Y a todos, sus compañeros y sus discípulos, nos deja como legado aquella su última lección de docente universitario: honestidad, humildad y amor por el conocimiento.